

**Declaración de Pierre Sané,
secretario general de Amnistía Internacional**

**Lanzamiento de la Campaña sobre Estados Unidos
Washington D.C., 6 de octubre de 1998**

(Comprueben con la declaración efectivamente pronunciada)

Hoy, los miembros de Amnistía Internacional en todo el mundo iniciamos una campaña para mejorar la protección de los derechos humanos de todos los que viven en suelo estadounidense. Y lo hacemos en un momento en que la clase política de los Estados Unidos está inmersa en un debate sobre la moralidad en la política y en la sociedad.

El concepto de lo que está bien y lo que está mal ocupa hoy un lugar destacado en los titulares. Por consiguiente, es el momento de ocuparse seriamente de injusticias que llevan produciéndose desde hace tiempo en este país. De ocuparse de la violación de la dignidad de los que no tienen voz. De los presos sometidos a tratos inhumanos. De los miembros de minorías étnicas tratados brutalmente por la policía. De los solicitantes de asilo encarcelados como criminales.

Amnistía Internacional ha estado llamando a las puertas del Congreso durante los últimos treinta y siete años. Durante todo ese tiempo hemos estado diciendo a las autoridades estadounidenses que la crueldad no es algo que sólo ocurre en otros lugares. Que las violaciones graves de derechos humanos no son un mero asunto exterior, sino algo que se da en los Estados Unidos hoy y, lo que es peor, que en algunos casos está aumentando.

¿Y dónde está la indignación de la opinión pública? ¿Dónde los celosos defensores de la moralidad cuando a un preso enfermo mental lo mantienen atado con grilletes a una tabla de inmovilización cuádruple durante doce semanas o cuando una mujer tiene que dar a luz tras siete horas de parto atada con grilletes?

¿Dónde están las protestas de la opinión pública ante las condiciones increíblemente crueles que existen en muchas de las cárceles del país? ¿Y ante los tres millones de dólares con que la policía de Nueva York ha comprado el derecho a matar impunemente a Anthony Baez?

La actual clase política estadounidense es un caso claro de hipocresía e incoherencia.

Las palabras de un refugiado que pasó catorce meses detenido en duras condiciones antes de que se le concediera asilo ejemplifican dolorosamente la situación: «Todo el mundo dice que Estados Unidos es el país de los derechos humanos. Pensé que a lo mejor me había equivocado de país».

Un mayor enfoque sobre el castigo y no sobre la rehabilitación de los presos ha provocado recortes en programas e instalaciones de muchas cárceles estadounidenses. Las autoridades penitenciarias están cambiando la manera de tratar a los presos y les están dando un trato cruel, doloroso y que a menudo atenta contra su vida, con unidades de máxima seguridad, dispositivos de electrochoque, vaporizadores químicos e inyecciones letales.

Sin embargo, no todos los sectores de la sociedad se ven igualmente afectados. Este es un país donde la discriminación racial fue legal hasta la década de los sesenta, apuntalando un sistema en el que los negros eran discriminados en el trabajo, en la escuela y en manos de la policía y del sistema de justicia penal.

En un país que aún lucha para erradicar la discriminación racial, más del 60 por ciento de los presos pertenecen a minorías raciales. Un tercio de los jóvenes negros de los Estados Unidos están en algún tipo de centro penitenciario o en libertad condicional.

Todos ustedes han recibido un ejemplar del informe de 150 páginas publicado para esta campaña. Los abusos que describe deberían sacudir las conciencias en todas partes. Es uno de los diversos informes sobre los derechos humanos en Estados Unidos que se publicarán este año, pero sólo uno de los muchos elaborados por nuestra organización durante la última década.

Desde que se terminó de redactar, hemos continuado recibiendo información sobre casos alarmantes en todo el país: personas detenidas por el Servicio de Inmigración y Naturalización en una cárcel de Florida sometidas a descargas eléctricas, palizas, reclusión en régimen de aislamiento como castigo y largos periodos con grilletes. Uso de sillas de inmovilización en centros para menores de Maine. Abusos sexuales contra presas. Represalias contra quienes se atreven a protestar o a denunciar.

Esto que Amnistía Internacional manifiesta hoy ha sido dicho innumerables veces antes, y no sólo por nosotros.

La numerosa y activa comunidad de ONG de los Estados Unidos también ha elevado su voz en repetidas ocasiones contra la persistente pauta de brutalidad policial, la violencia endémica contra los presos, el trato punitivo que reciben los solicitantes de asilo y el uso arbitrario, injusto y racista de la pena de muerte.

Mientras hablamos, el estado de Virginia se prepara para ejecutar la semana que viene a un joven que sólo tenía diecisiete años en el momento del delito.

Nada nuevo bajo el sol. Todo ha sido denunciado una y otra vez. Y esta es la razón de esta campaña. Ya se ha escrito y dicho bastante.

Simbolizando perfectamente el actual estado de los derechos humanos en este país, se han propuesto medidas de justicia para menores que fomentarían la posibilidad de juzgar como adultos a niños de quince años. Muchos de estos niños podrían acabar en cárceles para adultos, donde correrían el peligro de ser violados, torturados y asesinados.

La verdad es que muchas normas de protección de los derechos humanos en Estados Unidos no han seguido el ritmo de evolución de las normas internacionales. Los Estados Unidos tienen uno de los peores expedientes de ratificación de todas las naciones industrializadas. Es, junto con Somalia, el único país del mundo que no ha ratificado la Convención sobre los Derechos del Niño.

Aunque el gobierno estadounidense utiliza estas normas internacionales para juzgar a los demás, no se aplica el mismo rasero. En efecto, Estados Unidos ha hecho una fuerte campaña para bloquear la creación de una corte penal internacional realmente eficaz e independiente, y continúa fomentando las violaciones fuera de sus fronteras al proporcionar armas y conocimientos a gobiernos que violan deliberadamente los derechos de sus ciudadanos.

Amnistía Internacional no puede por menos que expresar su satisfacción ante el examen de conciencia que actualmente tiene lugar sobre la moralidad en la política. Pero, a menos que este ejercicio de introspección aborde las necesidades fundamentales de la protección de la dignidad de los grupos más débiles de la sociedad, los derechos humanos en Estados Unidos continuarán siendo la historia de dos naciones: la rica y la pobre, la blanca y la negra, la de los hombres y la de las mujeres